

## LA NOCHE DE REYES

Corría el año 1957. En una pequeña casita de piedra, ubicada en plena dehesa extremeña, habitaba un matrimonio con sus dos hijos pequeños – mi hermana de dos años y yo de cinco – Estaban al cuidado de una piara de cerdos mientras se engordaban con las bellotas durante la temporada de la montanera. Era una fría Noche de Reyes. Por las rendijas de las tejas se colaba el resplandor de la pálida luna llena del mes de enero y el brillo de algunas estrellas parecían hacernos guiños a través de las separadas tablas del techo a teja vana. En la chimenea, que hacía las veces de cocina y calefacción, crepitaban los troncos de leña de encina despidiendo chispas multicolores, que yo contemplaba divertido, convirtiéndolos en mis particulares fuegos artificiales. Mi hermana dormía en su rústica y pequeña cuna de madera al calor de la lumbre, arropada con una zalea de piel de oveja que la preservaba del frío y de la humedad, mientras ronroneaba, echado a su lado, un gordo gato amarillo que dormitaba tranquilo al calor de las llamas, que con un color blanquecino y azulado, fluctuaban ondulantes como ardientes lenguas de fuego, proyectando en las paredes de la casa sombras inquietantes, que convertían la blanca pared de la casa en el telón de fondo de un improvisado teatro de marionetas. Una pequeña mesa de madera, un par de sillas y unos asientos de corcha, fabricados por mi padre; y una cama hecha con dos borriquetes de madera y tablas, y cubierta por una jerga de bálago, eran todo el mobiliario de la estancia. Una olla de barro, una cazuela de madera, una vieja sartén, un caldero de hierro, unos cuantos cubiertos, entre los que destacaba una labrada cuchara hecha de cuerno, que aún conservo, y unos vasos y platos de zinc componían toda la vajilla. Un negro jarro de hierro, siempre arrimado a la candela, era la única instalación de agua caliente de la vivienda.

En una pequeña alacena, ubicada en un hueco en la pared, donde el resto del año se colocaba el cántaro del agua, ponía mi madre El Nacimiento, que consistía en una Virgen, un San José y un Niño Jesús de barro, adornados con retales de trapo multicolores; unos Reyes Magos fabricados con corcho y trapo, algunos animales hechos de madera, un río hecho con un trozo de cristal y un sendero que conducía al Belén, hecho con un reguero de arena; un pequeño huerto con sus lomos de tierra en los que se veían algunas verduras, y un poco de harina y unos copos de algodón, simulando la nieve. Todo ello montado sobre un suelo de bornizo cubierto con verde musgo y algunas ramas de jara.

Aquella tarde de Reyes, mi padre me había dicho que íbamos a poner un poco de paja en un dornajo, detrás de la casa, para que pudieran comer los camellos de los Reyes cuando pasaran por allí a dejar nuestros regalos. Así que nos pusimos manos a la obra y colocamos un pequeño dornajo junto a la pared de la casa y lo llenamos con paja y un puñado de avena. Ya entrada la noche nos sentamos junto a la candela para esperar la venida de Sus Majestades. Ni que decir tiene el entusiasmo con que yo esperaba el feliz acontecimiento. Mi madre aprovechaba el tiempo zurciendo algún descosido o haciendo labores de punto de cruz o ganchillo a la clara y azulona luz del carburador; mientras mi padre se dedicaba a confeccionar tarros de corcha que después se utilizaban a modo de fiambreras para conservar los alimentos, o aprovechaba para remendar algún calzado deteriorado. Del exterior nos llegaban los sonidos de la noche invernal: el ulular del cárabo, que encaramado en la rama de una encina, alertaba a sus congéneres de que aquél era su territorio; el maullido del mochuelo que andaba al acecho de pequeños roedores y el tauteo de los zorros que salía de cacería. De los escarpados riscos del alto cerro que había detrás de la casa, y que dominaba toda la dehesa, llegó, rasgando el gélido aire de la fría noche, el inquietante y tenebroso aullido de un lobo. Mi madre levantó la vista de su labor, con gesto de inquietud, mientras que mi padre, instintivamente, dirigió su mirada hasta posarla en la escopeta de dos cañones, que descansaba, colgada de una alcayata clavada en la pared. En aquella época eran frecuentes los ataques de los lobos a las majadas y apriscos de ganado.

Un viento gélido soplaba a pequeñas ráfagas colándose por las rendijas de la vieja puerta de la casa, cuando se escuchó un sonido de pisadas de animales junto a la pared de la chimenea. Mi padre me hizo un gesto llevándose el dedo índice a la boca, advirtiéndome que permaneciera en silencio, mientras con la otra mano alzada me señalaba el interior de la chimenea y me decía, hablándome muy despacio, que Los Reyes estaban en el tejado. Con los ojos muy abiertos miraba yo hacia donde me señalaba mi progenitor, cuando pude contemplar, con la boca abierta, cómo por el interior de la chimenea bajaba un pequeño paquete envuelto en papel de estraza y liado con un trozo de guita. Se hizo un profundo y absoluto silencio tan sólo roto por el "cri-cri" de la carcoma en las entrañas del marco de la vieja puerta; mientras el enigmático envoltorio siguió bajando, muy despacio, hasta que mi padre lo cogió, y cortando la cuerda que lo sostenía, lo depositó encima de la pequeña mesa. Impaciente e inquieto contemplaba aquel misterioso envoltorio que había descendido desde el tejado. Mi padre desató la cuerda y me entregó el paquete para que yo lo abriera. Nervioso e impaciente rompí el papel y me dispuse a examinar el interior del envoltorio mientras iban apareciendo ante mis ávidos y asombrados ojos de niño los pequeños y humildes regalos que contenía, aunque para un niño de aquella época dura y con escasos recursos, cualquier regalo era un tesoro de valor incalculable. Fui descubriendo un cuento del Capitán Trueno, uno de Roberto Alcázar y Pedrín y uno del Guerrero del Antifáz; una caja de lápices de colores, una pelota de goma, dos bufandas de colores, unos guantes de lana y un sonajero, que junto con una bufanda y un par de guantes venían a nombre de mi hermana.

Las pisadas de animales se fueron alejando, perdiéndose en la lejanía, y todo volvió a quedar en silencio. Nos fuimos a la cama, aunque yo tardé bastante en poderme dormir, alterado por los extraordinarios acontecimientos que acababa de presenciar. Escuchaba en la lejanía el latir de los perros, y me decía que le ladraban a los Reyes que iban de camino visitando las diferentes casas y cortijos donde había niños, que como yo, estarían esperando su visita. Me los imaginaba con sus camellos atravesando la dehesa en mitad de la noche, envueltos en sus capas para protegerse del gélido frío del mes de enero, y guiándose por la luz de la luna y las estrellas, para encontrar los diferentes lugares que tenían que visitar. Estaba deseando que llegara la hora de levantarme para poder disfrutar de mis regalos y asomarme a ver si se habían comido los camellos la paja que le habíamos preparado la tarde antes, y con estos pensamientos caí rendido en los brazos de Morfeo.

Al despuntar el día, con la rosada luz de la aurora, ya estaba yo levantado, dándole patadas a mi pelota nueva y dejando marcadas mis pisadas en la blanca helada que había caído, protegidas mis manos con los flamantes guantes de lana; no sin antes cerciorarme de que los camellos habían acabado con toda la comida que le habíamos proporcionado, comprobando que los dornajos estaban vacíos.

La dehesa se desperezaba de la fría noche con los primeros rayos del tímido sol extremeño. Las gallinas salían del gallinero cacareando, mientras los orgullosos gallos henchían el pecho, y aleteando con fuerza lanzaban al viento su potente kirikiki; los guarros salían de la majada con sus lomos humeantes debido al contraste entre el frío exterior y el calor de sus rechonchos y grasos cuerpos. Cárabos y mochuelos se habían retirado a sus escondrijos, mientras eran sustituidos por el chillar de los gorriones montesinos, el silbar de los mirlos o el clásico "up-pu-pu-pu" de la abubilla, que desplegaba su colorida cresta posada en la rama de una encina. Algo más lejos se oía el mugido de las vacas y el acompasado sonido de sus campanillos, que se mezclaban con el tamborileo del pájaro carpintero en el viejo tronco de un alcornoque.

Junto al pequeño Portal de Belén, mi madre me explicaba como había nacido el Niño Dios hacía mucho tiempo en un país lejano, y como habían ido los Reyes Magos a adorarlo y llevarle regalos, como a mí la noche anterior.

A media mañana, cuando el tímido sol invernal se elevaba sobre los cerros, calentando un poco la mañana, y del suelo de la dehesa se levantaba una blanca neblina, como hilachas de gasa desgajadas; nos acercamos al cortijo donde vivían mis abuelos, y que dictaba de nuestra casa unos doscientos metros. Allí también los Reyes me habían dejado algunos presentes: unos deliciosos y apetecibles caramelos de la marca "El Niño", que magistralmente fabricaba Señor Félix El Dulcero, y algunos regalos más útiles, como unos calientes calcetines y alguna ropa de abrigo; y todo el cariño de mis abuelos, que me explicaron que ellos también habían oído la llegada de los Reyes, y cómo los habían visto desde la ventana, alejándose por el camino con todo su séquito de pajes y camellos.

Muchos años después, me explicó mi padre como había hecho el truco de la Noche de Reyes: Los burros que dormían cerca de la casa, habían ido a comerse la paja y avena que les habíamos dejado, y por eso yo escuché sus pisadas al lado de la pared. Él había atado el paquete de los regalos con una guita larga, y pasándola por el travesaño de la chimenea, que servía para colgar las llares, (una cadena donde se colgaba el caldero para hacer las migas o calentar el agua) había ido soltando la cuerda que tenía asida por el otro extremo de forma que pareciera que el paquete bajaba por la chimenea desde el tejado.

Han pasado muchos años, pero yo sigo recordando aquella Noche de Reyes como una noche mágica, en la que mi mente de niño vivió una fantasía inolvidable. Eran unos tiempos duros, de precariedad y escasez, en los que había que ingeniárselas para poder subsistir; pero en los que nunca faltaba la ilusión de La Navidad, y la vida se vivía intensamente, superando toda clase de obstáculos y contratiempos.

Fernando Jerez Oyola